

SAN VICENTE DE PAUL



Su fiesta 14 de setiembre



Tras las ovejas

Un día su buen padre, honrado a carta cabal, le decía:
«Estudia fuerte y bien, hijo mío, que me cuestas la enorme suma de sesenta francos al año»...

Había nacido en un pueblecillo francés llamado Pouy, el año 1581 y su vida larga —morirá a los 84 años—, estará rodeada de muchas gracias y bendiciones del Señor y de mucho amor de los hombres y para los hombres.

Sus padres eran muy buenos cristianos, labradores y pobres. Allí había que trabajar para dar de comer a los seis hijos con que los bendijo el Señor.

Desde muy pequeñín se dedicó a cuidar unas cuantas ovejillas primero y unos pocos cerdos después... Pero siempre sintió una gran inclinación hacia los libros.

Se llevaba un librito y unos papeles para poder escribir y durante las largas horas del pastoreo las aprovechaba escribiendo y leyendo... Algún día alguien descubrirá sus cualidades y su nada común inteligencia y... le pagará sus estudios superiores...

Aquel niño había recibido unas entrañas de bondad que arrastraba hacia él a cuantos le contemplaban. En él se cumplían aquellas palabras de la Biblia: «el Señor había infundido en él un alma buena y la misericordia de Dios habitaba en su tierno corazón». No podía ver que nadie sufriera a su alrededor. Si veía a alguien más pobre que él se quitaba de la boca cuanto llevaba y sin llamar la atención, con la mayor naturalidad del mundo, se lo entregaba...

Su padre tenía una bolsa de harina en el granero, cuando veía venir algún pobre a su puerta solía abrirle, tomaba un puñado de harina y se la entregaba al pobre.

Su padre un día le dijo con cariño:
«Hijo mío, si sigues así nos vas a llevar a la ruina». Y le estrechó contra su corazón en un fuerte abrazo.



El tramposillo

Hemos dicho que el Señor le dio un corazón bueno y es verdad... Pero también, lo es que no nació santo, sino que se hizo santo...

Está muy equivocado quien piense que los Santos ya nacieron así... Los Santos eran de carne y hueso como todos nosotros y llegaron a serlo porque se dieron cuenta de que había que luchar contra sus inclinaciones malas... y colaboraron con la Gracia de Dios que nunca nos falta... Así hizo el joven Vicente...

Por el trabajo de cuidar cerdos le daban algún dinero y su padre le entregaba una parte para él... Iba guardándolas poco a poco como si se tratara de un gran capital... pero cierto día se encontró con un pobre, muy pobre, y, movido por su gran corazón, le dijo:

«Buen hombre, es poco lo que tengo, no son más que unas pocas monedas, pero es el ahorro de muchos meses que he ido acumulando. Mire, se los entrego para que usted se compre algo...».

Aquel gesto y otros parecidos que le sucedieron ya hacían vislumbrar lo que sería el día de mañana... La caridad para con los necesitados sería la «razón de su existencia»...

Pero antes había que vencerse de unos defectos que tenía: Era un tanto mentiroso o tramposillo... Dos hechos se cuentan de este defecto que germinó en su alma de niño y de joven pero que arrancó con toda sus raíces para siempre...

En cierta ocasión vendió como si fuera propio un caballo alquilado y con el dinero que obtuvo se fue de casa una temporada...

En otra ocasión engañó a los mismos superiores del seminario con su edad ya que no se podía ordenar sacerdote hasta los 24 años y él no tenía más que 19 cuando recibió este gran don del sacerdocio...



Esclavo de los turcos

Ayudado por un rico señor y heredero de una señora pudo ir a estudiar a Tolosa y a Zaragoza la sagrada Teología y se ordenó sacerdote...

El mismo nos cuenta este episodio que es una delicia. Volvía de Marsella a Narbona por mar cuando su embarcación fue asaltada por tres barcas de bergantines turcos. Empieza la dura pelea y mueren unos y él queda herido grave... y por fin.. Oigamos a él:

«... Nos llevaron a Túnez y habiéndonos hecho dar cinco o seis vueltas por la ciudad con la cadena al cuello... nos pusieron a la venta para ver quién valía y quién no, igual que hacen en las ferias cuando se venden los caballos: Nos obligaban a abrir nuestra boca para examinar nuestros dientes, nos golpeaban nuestras costillas para ver lo fuerte que éramos, nos obligaban a correr, a trotar, y nos abrían nuestras heridas, nos obligaban a cargar pesados bultos, y otras mil barbaridades para ver y medir nuestras fuerzas...»

Vicente pasó a manos de un pescador pero como Vicente se mareaba en cuanto subía a la barca pronto éste lo vendió a un anciano médico con el que lo pasó muy bien pues disputaban de cosas de religión, de alquimia y medicina... Aquí Vicente aprendió cosas de medicina que después le servirían para ayudar a los enfermos.

Al morir este médico fue vendido a un renegado de la fe cristiana que vivía con muchas mujeres. Aquí le esperaba la gracia ya que por medio de una de ellas que tenía gran simpatía a Vicente, aquel hombre volvió a la fe cristiana... Así lo cuenta el mismo San Vicente:

«... Sirvió de instrumento para que su marido abandonara la apostasía y a mí se me acabara la esclavitud.»

Después de grandes peripecias él y este apóstata llegaron a Roma donde encontraron la comprensión de un buen Monseñor llamado Monorio que amparó a ambos...



Cambio de ruta

El gran predicador Bossuet decía:

«Qué bueno debe ser Dios cuando ha hecho tan bueno a Vicente de Paúl»... Y en otra ocasión escribía el mismo Papa sobre las conferencias que cada martes daba padre Vicente a los sacerdotes en París:

«Santo Padre, demos gracias a Dios por este venerado sacerdote que tanto bien hace por medio de su doctrina a cuantos le oímos. Es un verdadero santo»...

El Señor puso en su camino hombres de gran santidad y de un influjo enorme en la espiritualidad de Francia que en este tiempo llegará a ser la pionera de toda Europa:

Le unió una gran amistad y se sentían orgullosos de contar con su afecto a la vez que recibían un benéfico influjo de la virtud de Vicente estos ilustres personajes.

El cardenal Berulle, que introdujo a las carmelitas en Francia, el fundador del famoso Seminario de San Sulpicio. Raneé, el reformador de la Trapa. San Francisco de Sales que le consultará en todos sus problemas. El rey Luis XIII. El discutido cardenal Mazzarino... etc...

Pero Vicente de Paúl se sentía mucho mejor entre los pobres y necesitados a los que por temperamento y vocación se sentía más inclinado...

Una vez ya terminada su estancia en Roma donde trabó íntima amistad con el Papa y Cardenales y que todos acudían a oír su palabra y a recibir la absolución de sus culpas o la dirección de sus conciencias... volvió a su Patria y se entregó al cuidado de las almas con toda su alma... Ese era su centro. Allí se sentía feliz...



Otras ovejas

Jesús vino al mundo para salvar a todos los hombres... En una ocasión dijo:

«Tengo otras ovejas que no son de este redil y tengo que ir a salvarlas»...

Este grito de Jesús lo vivía en toda su alma el joven sacerdote Vicente.

El año 1608 llega a la gran ciudad de París con tantos problemas, entre otros, la miseria de miles de hombres, mujeres y niños que abarrotan las calles pidiendo ayuda...

Le nombran capellán de la reina Margarita y en su nombre llega a hospitales y centros de beneficencia con su gran corazón.

Un día es un pobre abandonado en la calle que se lo carga sobre sus hombros... Otro día es un mendigo que tiritaba de frío y Vicente se quita su manto y se lo entrega.

Por las noches recorría las calles buscando niños abandonados y procura quien los cuide como verdaderas madres...

Él sabía muy bien que las obras de misericordia corporales eran muy importantes y él sabía muy bien también que éstas eran paso necesario para llegar hasta las espirituales que son el fin para el cual hemos sido creados pues el cuerpo es sólo vehículo para llegar al alma que está hecha a imagen y semejanza de Dios.

Por ello se dedicaba sobre todo a evangelizar y mediante la predicación de la doctrina de Jesucristo procuraba hacerle amar y servir cumpliendo los Mandamientos de Dios y los Preceptos de la Santa Madre Iglesia... En esta tarea le acompañaban algunos sacerdotes y éste fue el origen de los PADRES DE LA MISION.



El ejemplo

Un día, predicando en un encendido sermón, expuso a todo su auditorio la necesidad de una familia que estaba formada por los padres y seis hijos todos gravemente necesitados:

«Hijos míos, les decía, en una granja cerca de aquí de Chatillón, hay una familia que están enfermos y no tienen qué comer. Da verdaderamente pena el contemplar aquel triste espectáculo. Jesucristo ha derramado su sangre por todos nosotros y Él no quiere que estos hermanos nuestros vivan como están viviendo, faltos de todo, hasta de lo más necesario...».

Al acabarse la misa empezó una procesión de gentes que acudían a su casa: tomaban enseres, comida, ropa y dinero y se dirigían hacia aquella granja...

Por la tarde, terminadas las vísperas, también él se dirigió, como solía hacer casi todos los días, hacia allá... y quedó hondamente asombrado como después lo refería él mismo:

«Quedé profundamente maravillado al encontrarme por el camino a tanta gente que volvían contentos, como si se tratara de una fiesta, de hacer aquella obra de misericordia...

Pero un día así, y otro día, a veces se les estropeaban las cosas por llegarles en demasiada abundancia y sin orden. Por ello pensé que había que organizar aquellas actitudes de generosidad cristiana y nada mejor que encargar a algunas personas que lo controlasen.

Así nacieron las CONFERENCIAS que tanto están trabajando ahora en muchas partes»...

Vicente de Paúl que era un hombre organizado y bien preparado en todo sentido escribió un Reglamento por el que debían regirse estas Cofradías de Mujeres y Hombres para canalizar la caridad de los pudientes.



Limosnero general

La Cofradía fundada por Padre Vicente en Chatillón pronto se extendió a otras partes de Francia y aún de otras naciones.

Las muchas necesidades de los pobres se iban solucionando gracias a la caridad y al orden señalado por este hombre caritativo y organizado.

Aunque él se encontraba mucho más contento y a sus anchas entre los niños, los pobres y los enfermos. Pero se vio en muchas ocasiones obligado a tratar con los ricos para que le ayudaran para sus pobres.

Cierto día su director espiritual le dijo:

—Padre Vicente, usted debe ir a encargarse de la dirección de la famosa Sta. de los Gondí, que es la casa de más fama en París para que usted dirija su conciencia espiritual y para que ella le ayude para sus pobres.

—Bien, Padre mío, haré como usted me indica, pero creo que no voy a saberlo hacer y que me sentiré como un pez fuera del agua».

Bien que lo supo hacer. Muy pronto se ganó el cariño y simpatía de todos los señores, familiares y amistades que frecuentaban aquella famosa familia. La condesa Gondí no podía pasar sin él y todo se lo consultaba. La voz del Padre Vicente era la voz de Dios. Un día le dijo:

«Padre Vicente usted tiene muchas necesidades con tanto pobre como tiene a sus cuidados y a nosotros nos sobran tantas cosas. Mire, ya sabe usted tiene mi permiso para tomar cuanto le plazca y entregarlo a quienes usted vea que lo necesitan...».

El conde, su esposo, era el gobernador de las galeras de Francia. Este fue un medio que aprovechó Padre Vicente para poder llegar hasta ellos...

Los atendía, cuidaba, curaba... Y el mismo rey Luis XIII lo honró con el título de LIMOSNERO GENERAL DEL REINO.



El sacramento de la penitencia

Por su medio el Padre Vicente obraba maravillas. Mejor dicho, las obraba Jesucristo pero por medio de su fiel servidor el Padre Vicente.

Cierto día sucedió este hecho conmovedor: El conde Gondí le invitó a ir con él a unos campos donde tenía unas granjas para que atendiera a los granjeros y les ayudara a mejor vivir la fe cristiana.

Nuestro santo estaba ensimismado en la oración y solamente pedía al Señor que aquella especie de misión fuera para la gloria de Dios y Salvación de aquellos pobres labradores y granjeros.

Había allí uno que llamaba la atención por su bondad y rectitud y que se encontraba gravemente enfermo... Se le acercó el Padre Vicente y le dijo: «Hijo mío, veo que estás muy grave y estás a punto de morir. Mira, lo único que vale la pena es arrepentimos de nuestros pecados y morir en la gracia del Señor pues sólo para salvarnos hemos sido creados. Dime, ¿no tienes algo de qué acusarte que te remuerde la conciencia?»

Aquel buen hombre se echó a llorar como un niño e hizo confesión general de todos sus pecados...

Después decía a la Sra. Condesa: «Señora, ayúdeme usted a dar gracias al Señor por haberme traído a este santo sacerdote pues si él no llega a venir y no me anima a confesarme yo hubiera ido al infierno, pues hacía ya tiempo que me callaba algunos pecados por vergüenza. Ahora ya puedo morir en paz... Este sacerdote es un santo, es un santo»...

La Sra. Condesa rogó al Padre Vicente que hiciera Misiones en todos aquellos contornos para que todos recibieran dignamente los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía...



El celo de tu casa me consume...

El Señor el día de la Ascensión subió al cielo pero nos dejó a los hombres para continuar su obra de salvación de todos los hombres...

Todo cristiano por el hecho de serlo y de haber recibido en nuestro corazón el germen de la gracia por medio del santo Bautismo deberíamos procurar hacer nuestro este grito y el que exclamaba el Profeta San Elías: «Me consume de celo por el Señor Dios de los ejércitos».

El Señor iba madurando aquel corazón y aquel «humor negro» que parecía llenaba todo su ser, en muchas ocasiones va cambiando maravillosamente por obra de la gracia hasta tener un parecido enorme con el de San Francisco de Sales que se distinguía por su bondad y buen trato...

Vicente ve ante él un enorme campo de apostolado y no sabe cómo puede llegar a él. Apenas tiene tiempo para descansar ni comer. Todo su día y su noche en muchas ocasiones es para sus pobres enfermos... Abre hospitales y otras casas asistenciales en diversos sitios...

Recorre las calles recogiendo los niños abandonados por sus mismas madres o dejados en los portales de las casas.

Dirige las conciencias de los sacerdotes, sobre todo ayuda a aquellos que le ayudan a él y que sabe que serán los que dirigirán la Obra que el Señor le ha encomendado... Cuida con mimos exquisitos a las Damas de la Caridad y a las diversas Conferencias de Caridad que ya se hallan extendidas por todas partes. A todos llega. De todas partes acuden a él...

A veces le llegan cartas de Roma y de Obispos y cardenales consultándole problemas eclesiales...



El salvador de la patria

Por donde pasaba Padre Vicente dejaba una estela de bondad y caridad que a todos contagiaba...

Cuando por obediencia debía abandonar alguna parroquia donde había estado trabajando en la cura de almas, gritaban todos:

«Pero, amado Padre, ¿qué va a ser ahora de nosotros? ¿Quién cuidará de nuestras almas y de nuestras necesidades corporales?»... Y le despedían llorando. Antes él ya había distribuido entre los más pobres todo cuanto tenía: vestidos, comida, muebles...

En los años que pasó en París más de 50.000 pobres llenaban la ciudad con todo el deterioro que esto supone para los demás ciudadanos. Ni el mismo rey Luis XIII ni el cardenal Richelieu podían atajar tanto mal...

Se lo encomendaron a él... Llenó una casa. Pidió le dieran un Palacio, y después otra, otra... hasta varios miles de pobres y enfermos los llegó a albergar. Se limpiaron las calles de tanto pobre y todos eran dignamente atendidos gracias a las ayudas que de todas partes llovían a las manos de Vicente y de sus colaboradores...

La Guerra de los Treinta años multiplicó las calamidades de hambre y miseria en todo el país... Él y por medio de sus Damas y Misioneros, recorría todas las ciudades de Francia llevando el bálsamo del consuelo y de la ayuda material...

Envió misioneros a lejanos países, sobre todo a lugares donde sabía que eran perseguidos o tenidos como esclavos... Por ello bien merecido tenía el título, que muchos le dieron de ser EL SALVADOR DE LA PATRIA.

El con sus hijos e hijas espirituales había hecho mucho más que Luis XIV el Rey Sol con sus ejércitos.



Las Hijas de la Caridad

Padre Vicente era un hombre ordenado y metódico como pocos. A pesar de sus enormes apostolados pues parece casi imposible cómo un solo hombre, aunque tuviera ayuda... pudo realizar tantas y tan grandes obras.

Era su caridad ardiente la que le espoleaba a obrar el bien antes de que la noche de la muerte se le viniera encima...

Ya había organizado a los Misioneros para que fueran por los pueblos predicando el mensaje de Jesucristo y obrando la caridad... Ellos serían los continuadores de su Obra...

Ahora quería dar cuerpo a estas Damas de la Caridad que desde un principio le ayudaron en su empresa de los pobres y enfermos...

La vida de todas ellas se podía resumir en este hecho que le sucedió con una de ellas cuando estaba en el lecho de muerte:

—Hija mía, le dijo el Padre Vicente ¿no tienes nada que te inquiete o te quite la paz en estos momentos que vas a partir hacia la eternidad?

—Nada, padre mío, a no ser el demasiado placer que experimentaba cuando me encontraba al lado de los enfermos ayudándolos... Porque cuando me llamaban no corría, me parece que volaba por ayudarles y servirles.

—Muere, pues, en paz, hija mía, dijo con lágrimas en los ojos el buen Padre. Si éste es tu pecado el Señor te espera con los brazos abiertos en la Gloria para darte el premio merecido....

Y les decía algo que vale para todos nosotros:
«Las Hijas de la Caridad tendrán por monasterio las casas de los enfermos, por celda un cuarto de alquiler, por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios y por velo la santa modestia...».

Hoy son un ejército de muchos miles que siguen la obra del Padre Vicente.

«Amemos a Dios, hermanos»

Trabajó por diez este buen hombre que se llamó Padre Vicente. Él solía decir algo que nos puede ser muy aleccionador para niños y mayores ya que la ley del trabajo es una ley impuesta por Dios a todos los hombres en el mismo Paraíso terrenal: «Un sacerdote debe tener siempre más trabajo del que pueda realizar».

Y a pesar de que él trabajaba sin descanso hasta agotarse, a veces, dicen los testigos del santo Padre Vicente que al entrar en el comedor solía repetir: «Soy un desgraciado. ¿Me he ganado el pan que voy a comerme? Si no ha sido así, soy un ladrón»...

Todos los días celebraba la santa Misa con tal devoción que muchos iban tan sólo para contemplarle y decían: «¡Con qué fervor celebra este sacerdote la Misa! decían los que no le conocían. ¡«Miren a un Santo celebrando la Misa. Con qué fervor hace las ceremonias y con qué claridad y sentido lee la Palabra de Dios...», añadían los que ya sabían de quién se trataba...».

Aquella vida se extinguía por momentos. Él solía decir a sus religiosos y a cuantos le oían en sus predicaciones: «Amemos a Dios, señores y hermanos míos, y amémosle a expensas de nuestros brazos y con el sudor de nuestras frentes además de con los fervores de nuestro corazón»...

Él le había amado tanto a Él y a sus hermanos que por ellos se había consumido.

Era el 27 de septiembre de 1660. Tenía 84 años de edad...